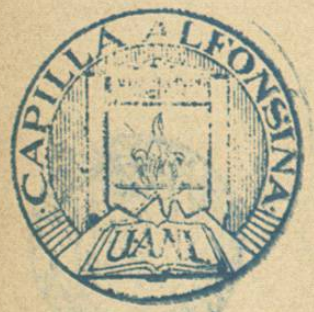
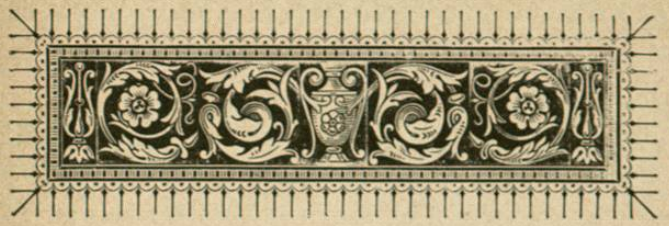
ES PROPIEDAD.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID.—Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, 20.



EL MUNDO DE LO PEQUEÑO.

CAPÍTULO PRIMERO.

¡Qué contentos estaban Adela y Luis! Acababan de darles las vacaciones en el colegio, y además llegaría aquel día á su casa su buen tío Alberto, acompañado de su hijo Lázaro, con quien había permanecido algunos años en el extranjero. Mucho les habían hablado sus papás de los progresos que en el estudio hacía este joven, que se dedicaba á la Medicina con verdadera vocación y llevaba ya su carrera muy adelantada, de modo que deseaban verle y hablarle.

Adela y Luis eran hermanos; contaba ella once años y él trece, y ambos eran, por su bondad y

011243

aplicación, la alegría de sus padres y el orgullo de sus maestros. Sobresalía Adela en las labores delicadas propias de su sexo: cosía y bordaba con primor, empezaba á dominar las primeras dificultades del piano, y había hecho algunos ensayos de flores artificiales, trabajo de mucho lucimiento, y hacia el que sentía gran afición. Su hermano acababa de examinarse del segundo año del bachillerato y había obtenido brillantes notas; verdad es que estudiaba en un buen colegio, pues sus padres habían preferido este sistema á dejarle ir al Instituto, donde la mucha aglomeración de alumnos hubiera dificultado no poco la asidua aplicación de Luis, y le habría expuesto á contraer amistades con jóvenes holgazanes y calaveras, que, por el mismo atrevimiento y despreocupación de su carácter, adquieren fácilmente dominio sobre los muchachos tímidos y los empujan por la senda del mal.

Tenía Luis una gran curiosidad científica, que se manifestaba en preguntas incesantes acerca de problemas de los conocimientos humanos que estaban muy por encima de lo que suele constituir la afición de los niños de su edad. Esta tendencia le llevaba á engolfarse en la lectura de grandes libros de la bien surtida biblioteca de su padre, en que se trataba de modernos descubrimientos de las ciencias, sobre todo de la Física y la Química, y muchas veces renunció á jugar con sus amigos

para dedicarse á sus anchas á esas lecturas, que tanto llamaban su atención, pero que no estaba en situación de entender bien, por falta de conocimientos elementales. Entreteníase, pues, en una tarea parecida á la del arquitecto que quisiera empezar una casa por el tejado, y llegó á resentirse algo su salud, por lo que su padre hubo de tomar precauciones para evitarle el acceso á su biblioteca. Comprendiendo, sin embargo, el buen señor que en la afición desmedida de su hijo al estudio había una vocación que, abandonada á sí misma, se traduciría en lecturas desordenadas y en una cultura embrollada y superficial, y que, por el contrario, bien dirigida podría dar resultados excelentes, advirtió á Luis que siempre que quisiera leer un libro le consultase á él con anticipación, y él se lo dejaría con tal de que estuviese al alcance de sus facultades mentales y no le llevase á meditaciones profundas que pusieran en tensión violenta su débil cerebro. Comprendía aquel buen padre que hay que dar á cada edad lo suyo, y que la demasiada ciencia en un niño es incompatible con la salud y con el desarrollo del cuerpo. No descuidaba, sin embargo, ocasión alguna de irle instruyendo, por medio de ejemplos sencillos, en los principios fundamentales de las ciencias, sin profundizar más de lo prudente, y por esto vió con el mayor regocijo la llegada de su hermano Alberto y de su so-

brino Lázaro, que habían de pasar con ellos una temporada, y que, seguramente, instruirían á su hijo Luis en algunas ramas del saber humano, sin fatigarle con explicaciones abstrusas, ni imponer á su inteligencia esfuerzos siempre penosos y muchas veces nocivos.

A la caída de la tarde se dirigieron Adela y Luis con su papá, D. Manuel, hacia la estación para recibir á sus queridos huéspedes, mientras la madre quedaba en la casa, á fin de tenerla bien dispuesta para hacerles los honores y prepararles una cena apetitosa.

Grande fué la emoción de los niños cuando, después de una corta espera, vieron avanzar el tren, verdadero mónstruo de hierro, poderosamente impulsado por el vapor de agua fraguado en el seno de la caldera. Su papá les dió algunas explicaciones acerca de este fenómeno, haciéndoles observar que la ciencia realiza prodigios tan admirables como el de arrastrar pesadísimas máquinas por medio de un agente casi inmaterial, como el vapor, no de otra suerte que la inteligencia domina al cuerpo.

—A primera vista, hijos míos—les decía,—parece que la fuerza es inseparable de las grandes aglomeraciones de materia, y sin embargo, es algo incorpóreo é inmaterial, que conocemos sólo por sus efectos, pero cuya naturaleza íntima nos es des-

conocida. Todos sabemos cuán poderosa es la acción de la electricidad, á cuyo impulso la palabra del hombre puede recorrer en breves instantes el mundo entero; un alambre de platino se enrojece y se inflama, desprendiendo luz vivísima; la industria utiliza la electricidad convirtiéndola en luz, calor, movimiento, vida y fuerza en todas sus manifestaciones, y sin embargo, nadie sabe lo que es en sí la electricidad, nadie ha podido definirla. La ciencia humana, hijos míos, es más débil é imperfecta de lo que un vano orgullo nos hace á veces suponer; conocemos hechos y resultados, pero la esencia de las cosas escapa á nuestra penetración. Sólo el Creador, principio y fin de todo, es el que todo lo sabe.

Aquí llegaba en sus reflexiones el papá de Adela y Luis, cuando se detuvo el tren y descendieron en tropel los viajeros, dirigiéndose unos á tomar los coches que estaban apostados cerca de la estación, y otros al sitio en que les esperaban impacientes y ansiosas sus familias. Entre estos últimos figuraban D. Alberto y Lázaro, que abrazaron cariñosamente á D. Manuel é hicieron mil caricias á los niños, con los que pocos minutos después, y sentados alrededor de una bien dispuesta mesa, descansaban de las fatigas del viaje y se entregaban á las gratas expansiones del puro afecto de la familia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

CAPÍTULO II.

Don Alberto, el tío de Luis y Adela, había consagrado su vida al estudio de los problemas astronómicos y gozaba de una alta reputación científica. Su hijo Lázaro, que contaba ya veintiún años, acababa de terminar en París, donde residía don Alberto, la carrera de Medicina, y prometía llegar á ser una verdadera notabilidad en el ejercicio de tan difícil y honrosa profesión. A pesar de sus pocos años se había dado ya á conocer por algunas Memorias presentadas á la Academia de Ciencias, y en que daba cuenta de observaciones microscópicas muy curiosas, que había realizado para estudiar algunas clases de bacterias poco conocidas y

que desempeñan un papel importante en el desarrollo y propagación de algunas fiebres perniciosas.

Simpatizaron en seguida los primos, y Lázaro no pudo menos de manifestar su sorpresa cuando oyó hablar á Luis de varias cuestiones científicas con algún acierto. Don Manuel le enteró de la decidida afición de su hijo á las ciencias, así como de las precauciones que él había adoptado para que un estudio excesivo y prematuro no agostase en flor sus facultades intelectuales, y así Lázaro como don Alberto, al mismo tiempo que alababan la previsión paternal, dirigieron á Luis elogios por su buena disposición, y le prometieron que no perdería el tiempo á su lado. Precisamente Lázaro había traído en su equipaje uno de los buenos microscopios que poseía, y con los que se proponía seguir sus experiencias, y anunció á Luis que le enseñaría cosas muy curiosas, que, dada su afición al estudio, habían de agradarle en extremo. No hay para qué decir que Luis palmoteó de alegría, y que Adelita, su hermana, curiosa como buena hija de Eva, mostró también extraordinario deseo de tomar parte en aquellas lecciones, lo que desde luego le fué concedido sin el menor reparo. Los padres de Adela no podían hallar inconveniente alguno en que su niña adquiriese conocimientos científicos, porque, á la verdad, no veían por qué

razón la mujer ha de permanecer siempre desheredada en el patrimonio del saber, y ajena á la vasta labor que á través de los siglos viene realizando el hombre en la esfera del pensamiento. La ciencia, además, no enseña sino cosas buenas y nobles; un ignorante puede ser más malicioso que un sabio, y por otra parte, las faenas del hogar no son ni han sido nunca un inconveniente para que la mujer cultive su espíritu hasta alcanzar siquiera esa cultura general que hoy forma parte de la buena educación.

Quedó, pues, Lázaro comprometido á mostrar á Luis y Adela algunas de las maravillas que nos rodean por doquiera y que escapan á la investigación de nuestros sentidos, que sólo nos muestran una pequeña parte de la realidad. Mucho le agradaba al joven médico el papel de maestro, pues tenía excelentes disposiciones y verdadera vocación para el ejercicio de la enseñanza, y por otra parte, sabía que enseñando se aprende. Era, pues, muy distinto de algunos pretendidos sabios, que creen rebajarse si entran en explicaciones con los que están menos instruídos que ellos: verdaderos avaros, que piensan quizá que se disipará el tesoro de sus conocimientos desde el punto y hora en que participen de ellos otras personas, y cambian desdeñosamente de conversación si alguna persona, á quien juzgan inferior, les dirige preguntas con

ánimo de instruirse. Por desgracia, abundan más de lo que fuera de desear tales egoístas; pero ni Lázaro, ni su padre D. Alberto, pertenecían á esa clase de hombres.

Como condición necesaria, si había de escuchar sus explicaciones, exigió Lázaro á su primo Luis que hiciera alguna gimnasia, pues como médico, comprendió que le convenía no poco al niño, cuyo desarrollo físico dejaba un tanto que desear. Esa gimnasia se redujo á correr y saltar moderadamente un rato antes de cada comida y á hacer algunos ejercicios de fuerza para desarrollar los músculos de los brazos y del pecho, para lo cual le dió pesas de pocas libras, pues no trataba de relajar sus fibras musculares con cargas enormes, sino de hacerle adquirir soltura y agilidad en sus movimientos. Con tan sencillo régimen, ayudado de juegos en que se corriera y saltara sin peligro, aseguró Lázaro á los padres de Luis que éste mejoraría muy notablemente en pocas semanas; añadiendo que si es bueno cultivar en el hombre la parte espiritual, que es la que constituye su distintivo y su fin en el mundo, no está de más favorecer el desarrollo del cuerpo, pues cuando éste se halla débil y enfermizo, por grande que sea la agudeza intelectual, las ideas suelen hacerse también enfermizas y extraviarse.

Respecto de Adela, nada tuvo que recomendar,

pues siempre había sido aficionada á jugar al corro, saltar á la comba y tomar parte con sus amigas en diversiones infantiles, que, por lo que distraen y contribuyen al desarrollo físico, no son menos convenientes á las niñas que á los muchachos.

Cuando se hubo convenido en este plan, así como en la hora más conveniente para que Lázaro no perdiese el tiempo que preferentemente le reclamaban sus estudios, el joven médico dió principio á sus explicaciones sobre el microscopio y sus maravillas. En los capítulos siguientes damos una idea de esas conferencias, que los niños escucharon con el más vivo interés.